

La cultura popular española en Popayán

Escribe: HELCIAS MARTAN GONGORA

La venerable Orden Franciscana compartió con la Compañía de Jesús la misión de difundir la cultura entre nosotros. Prueba fehaciente es el plan de estudios para la Escuela San Diego de Alcalá de Ubaté. El documento se remonta a 1792, según la cita que de él hace don Jesús María Otero, cuya interesante obra *La escuela de primeras letras y la cultura popular española en Popayán*, nos servirá de experto guía, como en ocasión anterior, en nuestro viaje retrospectivo por predios casi desconocidos de la historia. El programa aludido fue publicado por el padre Arcila Robledo y su paternidad corresponde a fray Antonio de Miranda. En la imposibilidad de reproducir todo el texto, hay que anotar, como datos curiosos, que la pensión semanal se reducía a “medio real, o uno, dos o tres huevos”, y la prohibición para “que no anden personas por campos y pueblos so color de maestros, que los tales ni siquiera saben leer”.

Con Francisco José de Caldas, abogado titulado pero no inscrito, se inicia este itinerario cultural de

Popayán. El sabio no era “el especulativo inútil”, en contraposición con los “idiotas útiles” de que tanto se habla ahora. Además de su contribución invaluable a la Expedición Botánica; de sus cátedras de ingeniería militar, en Medellín, y en la Escuela Militar de Cadetes en Bogotá, Caldas fue institutor emérito. Así lo acredita “su discurso sobre la educación publicado en el *Semanario del Nuevo Reino de Granada* en 1808, todo un sistema pedagógico fundado en la realidad de nuestro medio y de nuestro elemento humano” (Otero, obra citada, pág. 110). Como síntesis de la escuela ideal preconizada por Caldas, nada mejor que estas palabras: “No se oirán por consiguiente en la escuela de la patria llantos, sollozos ni voces destempladas. La melodía y el canto será lo que allí resuene. Y este será otro de los cuidados del director, enseñar a cantar a sus niños”...

Después de la expulsión de los jesuitas ordenada por Carlos III en 1767 y consumada en 1773, pese a sus rentas y disponibilidades

económicas, el Colegio Seminario Conciliar de Popayán padeció un largo eclipse, del cual se libró únicamente la escuela primaria anexa. Sujeta siempre a los vaivenes de la gesta republicana, cuando, como recuerda don Jesús María Otero: “Veintiséis veces fue tomada la ciudad y otras tantas veces fueron perseguidos, vejados o muertos sus habitantes, robada su riqueza, convertidos sus edificios en cuarteles, reducida considerablemente su población por los continuos contingentes humanos que ambos bandos beligerantes sacaban de ella” (pág. 127). Sobre este burgo en ruinas le tocó actuar al Ilmo. obispo Salvador Jiménez de Enciso Cobos y Padilla que, aunque español, prestó el correspondiente juramento de fidelidad a la Constitución de Colombia. Bajo su inspiración pastoral, redactaron los doctores Andrés Marcelino Pérez de Valencia y Manuel Mariano Urrutia, el plan de estudios para la escuela primaria, más acorde con el naciente orden institucional. He aquí el índice de los diez capítulos que integraban el pénsum: de los maestros y del modo de obtener el magisterio.—De los libros y horas de enseñanza.—Método para la enseñanza.—Método de escribir.—Ejercicios de piedad.—Educación física, moral y civil.—Vacaciones, certámenes y premios. Penas y correcciones.—Visita y matrícula de los niños.—Presentaciones generales. Como testimonio de una época, se incluye aquí un fragmento del espartano artículo 30: “Los niños deben criarse robustos, sin melindres y capaces de sufrir los reveses a que la Providencia expone a cada paso. Importa que los niños no se abriguen mucho, que se acostumbren a sufrir el aire frío y destemplado sin

cubrirse la cabeza y que hagan ejercicio proporcionado a su edad para robustecerla, pero sin permitirles ningún exceso perjudicial a la sobriedad que debe ser la regla de todas las acciones físicas y morales”. Lástima grande que las saludables reformas del obispo Jiménez, fueran de tan efímera vigencia. Las campanas saludaban el amanecer de la república. El Congreso de Cúcuta acababa de forjar el primer eslabón de una larga cadena de leyes sobre educación, en que la parca realidad se enlaza con la utopía. Fue así como, en desarrollo de la nueva legislación, por decreto memorable del 24 de abril de 1827, expedido por el general Francisco de Paula Santander, nació la benemérita Universidad del Cauca. En cuanto al Seminario San Francisco de Asís, a partir de esa fecha, circunscribió su actividad docente a la formación de sacerdotes, sin olvidar su escuela anexa de primeras letras, cuya fecunda trayectoria se acentúa bajo la dirección del maestro Manuel María Luna, preceptor de tantos varones ilustres del Cauca.

Mas no se crea que la mujer payanesa estaba proscrita de las aulas oficiales. Asistía, desde entonces, a la Escuela de San Agustín, subvencionada por el Libertador, que ordenó, en 1827, pagar trescientos pesos anuales a la maestra. La escuela de San Agustín, confiada ahora a las Hermanas de la Caridad de San Vicente de Paúl, continúa su imponderable labor alfabetizadora, en nuestros días.

Noticia que refrenda la rúbrica de ciudad culta que nimba a Popayán, es la que aparece en el censo de 1807, cuando la población

ascendía a 7.157 habitantes “de los cuales 4.287 son mujeres y 2.870 varones, lo que significa casi el doble de mujeres”. Por aquellos tiempos ya funcionaba una escuela de pintura, “cuyo maestro es José Cayzedo, que vive por Santo Domingo” (citado por Otero, pág. 175). Sus discípulos responden a los nombres de Manuel José Aranda, Rafael Trujillo, José Ignacio Vejarano y José Antonio Pedrosa. Su obra, lo mismo que la de otros aprendices y maestros anónimos, contribuyó a formar quizás el tesoro artístico de templos como San Francisco y Santo Domingo, en su regio esplendor.

También hay otra información, debida a Sergio Arboleda y Cordovez Moure, acerca de la vida y milagros de Juan Antonio de Velasco, el fiel devoto de Nuestra Señora de los Dolores, cuya festividad celebraba anualmente. Preso en Pasto, cuando militaba en las huestes del precursor Nariño, “condenado a muerte por los realistas, salvó la vida por haber sabido aquellos oportunamente que Velasco era músico. Amarrado lo enviaron a Quito y después a Lima, como soldado del rey. Ya en el Perú, aprovechó la ocasión, cuando se le presentó, para pasarse a las filas patriotas y participó, como soldado de la libertad, en varias batallas, como las de Junín y Ayacucho. Allí ganó medalla de oro con el busto del Libertador” (Otero, págs. 177 y 178). España que no necesitaba de sabios y ajustició a Caldas, indultó, en cambio, a un músico condenado al patíbulo.

Si nadie sabe en donde principia la leyenda en la biografía de don Juan Antonio de Velasco, lo cierto es que ejerció al par que el ma-

gisterio musical —a su regreso a Bogotá— una amplia influencia artística entre los prohombres de la independencia.

Pacientes investigaciones cumplidas por el historiador Jesús María Otero, nos permiten afirmar con él, que en Popayán existió “una escuela de música como dependencia del Cabildo Eclesiástico y acaso como la realización de un antiguo anhelo, para lo cual un potentado legó apreciable suma de dinero”. Es posible que el mecenas no sea otro que el presbítero Carlos Arboleda, que dejó en su testamento la suma de cuatro mil patacones para la creación de una escuela de música.

Que la escuela primaria en la época colonial estaba abierta a todas las razas: blancos, indios, mestizos, mulatos y negros, ya no se discute. Dígalo si no el liberto Manuel Antonio Balcázar, que alcanzó tanta nombradía por su erudición y talento. Tal un Esopo negro.

Después de referirse don Jesús María Otero a la escuela lancasteriana y a los textos de enseñanza, nos ofrece un sagaz inventario de las riquezas artísticas que exornan las iglesias de Popayán. Concluye el libro, cuya lectura recomendamos, con la nómina de los maestros en la época colonial. Solo nos resta agregar que el eminente institutor payanés había publicado —en 1955— una *Etnología caucana*, a la que nos referimos entonces, con estas palabras: obra de investigador vocacional y estudioso americanista, es la del profesor Otero, a la cual ha dedicado fecundas vigiliadas y numerosos días de erudito e inquisitivo peregrinaje. El conoce, palmo a palmo los

diferentes territorios que pueblan las tribus semisalvajes y la información que abunda en su libro fue recogida directamente en las primeras fuentes, antes de someterla al análisis y comparación con las tesis de otros autores que, en muchas ocasiones, desconocían el paisaje del Cauca. Allí radica uno de sus mejores atributos, que uni-

do a la forma y claridad del estilo, a la severidad crítica en la recolección y cotejo de los datos, hacen de este ensayo etnológico afortunado, una verdadera obra de consulta para quienes deseen conocer a fondo, la vida, pasión y muerte de nuestros aborígenes.

Bogotá, 1965.